

21. V. 71

GASPAR, EDITORES.

HECTOR SERVADAC

AVENTURAS Y VIAJES
POR EL MUNDO SOLAR.

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA.

Cuaderno quinto.

MADRID

IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES

CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 4

1877

247-1146

Reg. o pr. 126-h. 030

horas. En cuanto á la nueva órbita que el esferoide describe alrededor del sol...

El conde Timaschef se detuvo no sabiendo cómo referir este fenómeno á su sistema nuevo.

—Y bien, señor conde, preguntó el capitán Servadac; ¿en cuanto á esa nueva órbita?...

—¿Cuál es tu opinion, Procopio? dijo el conde Timaschef dirigiéndose al teniente.

—Padre, respondió Procopio, no hay dos maneras de explicar el cambio de órbita; no hay mas que una, una sola.

—¿Y es?... preguntó el capitán Servadac con viveza singular como si hubiera presentado lo que iba á responder el teniente.

—Es, dijo Procopio, admitir que un fragmento se ha desprendido de la tierra llevándose consigo una parte de la atmósfera y que recorre el mundo solar siguiendo una órbita que no es ya la órbita terrestre.

Después de esta esplicacion tan plausible, el conde Timaschef, el capitán Servadac y el teniente Procopio permanecieron silenciosos por algunos instantes. Verdaderamente aterrados, reflexionaban sobre las consecuencias incalculables del nuevo estado de cosas. Si realmente un enorme trozo se había desprendido del globo terráqueo, ¿á dónde iban? ¿Qué valor atribuir á la escentricidad de la órbita elíptica que seguían á la sazón? ¿A qué distancia del sol serian llevados, ni cuál seria la direccion de su revolucion alrededor del centro atractivo? El nuevo esferoide iria como los cometas durante centenares de millones de leguas atravesando el espacio, ó volveria pronto hácia la fuente de todo calor y de toda luz? En fin, ¿el plano de su órbita, coincidía con el de la eclíptica y se podia concebir alguna esperanza de que algun dia se reuniría al globo de que tan violentamente se había separado?

El capitán Servadac fue el primero que rompió el silencio exclamando como á pesar suyo:

Gayzar Schtore

—¡No puede ser, vive Dios! su esplicacion de usted, teniente Procopio, explica muchas cosas, pero no es admisible.

—¿Por qué no, capitán? dijo el teniente. Me parece que responde por el contrario, á todas las objeciones.

—No, en verdad; por lo menos hay una que no se resuelve con la hipótesis de usted.

—¿Cuál es? preguntó Procopio.

—Veamos, dijo el capitán Servadac; entendámonos. Usted persiste en creer que una parte del globo convertida ahora en este nuevo asteroide que nos lleva al través del espacio y que comprende una parte de la cuenca del Mediterráneo desde Gibraltar hasta Malta, vuela al través del mundo solar.

—Persisto en creerlo.

—Pues bien, ¿cómo explica usted el levantamiento de ese singular continente que cierra ahora este mar y la contestura especial de sus costas? Si fuésemos llevados por el mundo solar en un trozo del globo, este trozo habria conservado su antigua armazon granítica ó calcárea, y no ofrecería en su superficie esa concrecion mineral cuya composicion misma no hemos podido determinar.

Esta era una objecion seria que el capitán Servadac presentaba á la teoría del teniente. En efecto, podia concebirse en rigor que se hubiera desprendido un fragmento del globo llevándose consigo una parte de la atmósfera y de las aguas mediterráneas; hasta podia admitirse que los movimientos de traslacion y de rotacion no fuesen idénticos á los de la tierra; pero ¿por qué en vez de las playas fértiles que rodeaban el Mediterráneo al Sur, al Oeste y al Este se habia levantado aquella abrupta muralla sin vestigios de vegetacion y cuya naturaleza misma era desconocida?

El teniente Procopio no pudo responder á esta objecion y debió limitarse á decir que el porvenir sin duda reservaba muchas soluciones que en aquel

momento sería imposible dar. En todo caso no creía deber renunciar á la admision de un sistema que esplicaba tantas cosas inexplicables. En cuanto á la causa primera, no la adivinaba todavía.

¿Debia admitirse que una expansion de las fuerzas centrales habia podido desprender semejante porcion del globo terrestre y lanzarla al espacio? Esto era muy incierto; y en un problema tan complejo habia todavía muchas incógnitas que despejar.

—Despues de todo, dijo el capitán Servadac para concluir, poco me importa gravitar en el mundo solar sobre un nuevo astro, si la Francia gravita tambien con nosotros.

—La Francia y la Rusia, añadió el conde de Timaschef.

—Y la Rusia tambien, respondió el oficial de Estado Mayor que se apresuró á admitir la legitima reclamacion del conde.

Sin embargo, si el esferoide en que estaban no era realmente mas que un trozo del globo terráqueo que se movia siguiendo una nueva órbita, y si este trozo tenia la forma esferoidal, lo cual le daba dimensiones muy reducidas; ¿no debia temerse que una parte de la Francia y la mayor parte del imperio ruso se hubieran quedado con la antigua tierra?

¿No podia abrigarse el mismo temor respecto de Inglaterra, tanto mas cuanto que aquella falta de relacion durante seis semanas entre Gibraltar y el Reino-Unido parecia indicar que las comunicaciones no eran ya posibles ni por tierra ni por mar, ni por correos ni por el telégrafo?

En efecto; si la isla Gurbí, como debia creerse, al considerar la igualdad constante de sus dias y de sus noches, ocupaba el ecuador del asteroide, los dos polos Norte y Sur debian estar alejados de ella á una distancial igual á la semi-circunferencia calculada durante el viaje de la *Dobryna*, ó sea á unos 1,160 kilómetros.

Esto señalaba el polo Artático á 580 kilómetros al

Norte de la isla Gurbi, y el polo Antártico á esta misma distancia al Sur. Ahora bien; cuando se fijaron estos dos puntos sobre la carta, quedó averiguado que el polo Norte no pasaba del litoral de la Provenza, y que el polo Sur tocaba en el desierto africano á la altura del paralelo 29.

El teniente Procopio, ¿tenia razon para persistir en este nuevo sistema? ¿Era cierto que una parte del globo terrestre habia sido separada de las demás? Imposible decidir esta cuestion; solamente el porvenir podria dar la solucion del problema; pero quizá no era temerario admitir que el teniente Procopio, si no habia descubierto toda la verdad, por lo menos habia dado un paso hácia ella.

La *Dobryna* volvió á experimentar un tiempo magnífico al otro lado del estrecho que unia los dos estrechos del Mediterráneo en los parajes de Gibraltar. El viento la favorecia tambien, y bajo la doble accion de la brisa y del vapor se remontó rápidamente hácia el Norte.

Decimos el Norte y no el Este, porque el litoral español habia desaparecido totalmente, á lo menos en la parte comprendida en otro tiempo entre Gibraltar y Alicante. Ni Málaga, ni Almería, ni el cabo de Gata, ni el cabo de Palos, ni Cartagena ocupaban ya el sitio que les señalaban sus antiguas coordenadas geográficas. El mar habia cubierto toda aquella parte de la Península española, y la goleta tuvo que avanzar hasta la altura de Sevilla para encontrar, no ya las playas andaluzas, sino unas peñas idénticas á las que habia encontrado al otro lado de Malta.

Desde aquel punto el mar mordía profundamente el nuevo continente formando un ángulo agudo cuyo vertice hubiera debido ocupar Madrid. Despues la costa bajaba de nuevo al Sur y venia á entrar á su vez en la antigua cuenca, alargándose como una garra amenazadora mas arriba de las Baleares.

Los exploradores, apartándose un poco de su rumbo para buscar algunos vestigios de este grupo de

islas importantes, hicieron un hallazgo muy inesperado.

Era el 24 de febrero á las ocho de la mañana. Un marinero situado á proa de la goleta gritó:

—¡Una botella en el mar!

Esta botella podía contener algun documento precioso que quizá se refiriese al nuevo estado de cosas.

Al oír el grito del marinero el conde Timaschef, Hector Servadac y el teniente corrieron hácia el castillo de proa. La goleta maniobró de manera que pudiera alcanzarse el objeto señalado el cual pronto fue izado á bordo.

No era una botella, sino un estuche de cuero del género de los que sirven para contener los anteojos de mediana magnitud. La tapa estaba cuidadosamente cerrada con lacre, y si la sumersion de aquel estuche era reciente, indudablemente el agua no habia podido penetrar en él.

El teniente Procopio en presencia del conde Timaschef y del oficial de Estado Mayor lo examinó atentamente. No tenia ninguna marca de fábrica, el lacre adherido á la tapa estaba intacto y habia conservado la impresion de un sello en el cual se leian estas dos iniciales:

P. R.

Roto aquel sello se abrió el estuche, y el teniente sacó un papel respetado por el agua del mar. Era una hoja cuadrada y sencilla arrancada de una agenda, y que contenia estas palabras seguidas de puntos de interrogacion y de exclamacion, todo en una letra torcida.

«Galia???

Ab sole, el 15 de Feb., dist: 59.000,000 l.

Chemin parcouru de janv. á Fev: (camino recorrido de enero á febrero): 32.000,000 l.

Va bene! All right! parfait (perfectamente)!!!»

—¿Qué quiere decir esto? preguntó el conde Ti-

maschef despues de haber examinado la hoja de papel en todos sentidos.

—No lo sé, respondió el capitán Servadac, pero lo cierto es que el autor de ese documento quien quiera que sea, vivía todavía el 15 de febrero, pues que el documento menciona esa fecha.

—Evidentemente, respondió el conde Timaschef.

El documento no estaba firmado y nada indicaba el sitio de su origen. Se hallaban en él palabras latinas, italianas, inglesas y francesas, estas últimas en mayor número que las otras.

—Esto no puede ser una burla, dijo el capitán Servadac, y es evidente que este documento se refiere al nuevo orden cosmográfico cuyas consecuencias estamos experimentando. El estuche en el cual venía encerrado ha pertenecido sin duda á algun observador que navegase á bordo de un buque.....

—No, capitán, respondió el teniente Procopio, porque este observador habria puesto sin duda alguna el documento en una botella donde habria estado mas al abrigo de la humedad que en un estuche de cuero. Pienso por consiguiente que algun hombre científico que ha sobrevivido á la catástrofe en algun punto del litoral, queriendo dar á conocer el resultado de sus observaciones, ha utilizado este estuche menos precioso quizá para él que una botella.

—De todos modos eso poco importa, dijo el conde Timaschef. En este momento lo mas importante es explicar lo que significa este singular documento, en vez de tratar de adivinar quién es su autor. Procedamos por órden. Ante todo, ¿qué quiere decir esta palabra Galia?

—No conozco ningun planeta grande ni pequeño que lleve ese nombre, respondió el capitán Servadac.

—Capitán, dijo entonces el teniente Procopio, antes de proceder mas lejos permítame usted que le haga una pregunta.

—Diga usted, teniente.

—¿No es usted de parecer que este documento justifica hasta cierto punto la hipótesis de que un fragmento del globo haya sido proyectado al espacio?

—Sí..... tal vez, respondió Hector Servadac, aunque la objecion relativa á la materia de que se compone nuestro asteroide continúa en pie.

—Y en ese caso, añadió el conde Timaschef, el sabio de que se trata habrá dado el nombre de Galia al nuevo astro.

—Seria, pues, un francés, observó el teniente Procopio.

—Es de suponer, respondió el capitán Servadac. Observen ustedes que de las diez y ocho palabras que componen el documento hay once francesas, tres latinas dos italianas y dos inglesas. Esto probaria tambien que el dicho sábio, ignorando en qué manos caeria el documento, ha querido emplear palabras de diversas lenguas para aumentar las probabilidades de que se le entendiera.

—Admitamos que Galia es el nombre del nuevo asteroide que gravita en el espacio, dijo el conde Timaschef, y continuemos. «Ab sole, distancia el 15 de febrero cincuenta y nueve millones de leguas.

—Era efectivamente la distancia que debía separar á Galia del sol en aquella época, dijo el teniente Procopio, cuando vino á cortar la órbita de Marte.

—Bien, respondió el conde Timaschef. Este primer punto del documento está de acuerdo con nuestras observaciones.

—Exactamente, dijo el teniente Procopio.

—Camino recorrido de enero á febrero, repuso el conde Timaschef continuando su lectura, treinta y dos millones de leguas.

—Aquí se trata sin duda, dijo Hector Servadac, del camino recorrido por Galia en su nueva órbita.

—En efecto, añadió el teniente Procopio, y en virtud de las leyes de Keper, la celeridad de Galia, ó lo

que es lo mismo el camino recorrido en tiempos iguales, ha debido disminuirse progresivamente. Ahora bien; la temperatura mas alta que hemos tenido se hizo sentir precisamente en esa fecha del 15 de enero; y por consiguiente es probable que en ella Galia estuviese en su perihelio, es decir, á su distancia minima del sol y que marchase entonces con doble velocidad de la de la tierra que no es sino de 28,800 leguas por hora.

Y bien, respondió el capitán Servadac, pero esto no nos indica á qué distancia Galia se alejará del sol durante su afelio ni lo que podemos esperar ni temer para lo futuro.

—No, capitán, respondió el teniente Procopio; pero con buenas observaciones hechas en diversos puntos de la trayectoria de Galia se lograrán determinar con exactitud sus elementos, aplicándole las leyes de la gravitación universal....

—Y por consiguiente el camino que debe seguir por el mundo solar, dijo el capitán Servadac.

—En efecto, repuso el conde Timaschef, si Galia es un asteroide está sometido sin duda como todos los demás cuerpos movibles á las leyes de la mecánica y el sol rige su marcha como rige la de los planetas. Desde el momento en que este trozo de la tierra se ha separado de ella, ha caído en las redes invisibles de la atracción y se ha fijado ya su órbita de una manera inmutable.

—A no ser, observó el teniente Procopio, que algun astro perturbador venga á modificar esta órbita despues. ¡Ah! Galia no es sino un cuerpo muy pequeño comparado con los demás del sistema solar, y los planetas pueden tener sobre él una influencia irresistible.

—Lo cierto es, añadió el capitán Servadac, que Galia puede tener algun mal encuentro en su camino y desviarse de él por consiguiente. Pero señores, tengan ustedes en cuenta que estamos racionando como si estuviese averiguando que nos hemos con-

vertido en habitantes de Galia. ¿Pero quién nos dice que esta Galia de que habla el documento no es simplemente el septuagésimo planeta nuevamente descubierto?

—No, respondió el teniente Procopio, eso no puede ser en efecto, los planetas telescópicos se mueven en una estrecha zona comprendida entre las órbitas de Marte y de Júpiter; y por consiguiente no se acercan jamás al sol tanto como se ha acercado Galia en su perihelio. Este hecho no puede ponerse en duda, pues que el documento está de acuerdo con nuestras propias hipótesis.

—Por desgracia, dijo el conde Timaschef, nos faltan instrumentos para hacer observaciones y no podremos calcular los elementos de nuestro asteroide.

—¿Quién sabe? dijo el capitán Servadac, al fin tarde ó temprano se acaba por saberlo todo.

—En cuanto á las últimas palabras del documento, dijo el conde Timaschef, «Va bene All right parfait,» lo significan nada.....

—Si no es, añadió Hector Servadac que el autor del documento está satisfecho del nuevo estado de cosas y encuentra que todo va perfectamente en el mejor de los mundos imposibles.

CAPITULO XVI.

EN EL CUAL SE VERÁ AL CAPITAN SERVADAC TENIENDO
EN LA MANO TODO LO QUE QUEDA DE UN VASTO CON-
TINENTE.

La *Dobryna* entre tanto despues de haber doblado el enorme promontorio que le cerraba el camino del Norte, se dirigia hácia el sitio donde debia proyectarse el cabo de Creus.

Los exploradores hablaban dia y noche de aquellos extraños sucesos. El nombre de Galia se encontraba frecuentemente en sus labios é insensiblemente y casi sin saberlo ellos tomaba el valor de un nombre geográfico, es decir, el del asteroide que les llevaba por el mundo solar.

Pero estas discusiones no podian hacerles olvidar que estaban empeñados en un reconocimiento ya indispensable del litoral mediterráneo. Asi la goleta continuaba rasando lo mas cerca posible la nueva costa de aquel mar que verosimilmente formaba el único mar de Galia.

La costa superior del enorme promontorio llegaba al sitio mismo que hubiera debido ocupar Barcelona en el litoral español; pero aquel litoral, lo mismo que la importante ciudad, habia desaparecido y sin duda se habia sumergido bajo aquellas aguas cuya resaca batia las nuevas peñas un poco mas atrás. Despues las peñas siguiendo una curva hácia el Nordeste venian á adelantarse sobre el mar precisamente en el cabo de Creus.

Del cabo de Creus no quedaba nada.

Allí comenzaba la frontera francesa, y se comprenden los pensamientos que agitarían al capitán Servadac cuando vió que había sustituido un nuevo suelo al suelo de su país. Una barrera impenetrable se levantaba delante del litoral francés, del cual no dejaba ver absolutamente nada. Erguida como un muro cortado á pico, de más de mil pies de altura, no ofreciendo una sola rampa accesible, tan árida, tan abrupta, tan *nueva* como la que se había visto al otro extremo del Mediterráneo, se desarrollaba sobre el mismo paralelo en que hubieran debido dibujarse las hermosas orillas de la Francia meridional.

Por más que la goleta se acercaba á aquella costa nada se le presentaba de lo que formaba en otro tiempo la margen marítima del departamento de los Pirineos orientales, ni el cabo Bearn, ni Pont-Vendres, ni la embocadura del Tech, ni el estanque de Saint Nazaire, ni la embocadura del Tet, ni el estanque de Salces. En la frontera del departamento del Aude antes tan pintorescamente cortada por lagos é islas, no se encontró un solo trozo del distrito de Narbona. Desde el cabo de Agde en la frontera del Herault hasta el golfo de Aigues-Mortes no existía nada, ni de Cette, ni de Frontignan, ni de aquel arco en el distrito de Nimes bañado en otro tiempo en las aguas del Mediterráneo, ni de las llanuras de la Crau y de la Camargue, ni del caprichoso estuario de las Bocas del Ródano. Martigues había desaparecido; Marsella también. Parecía que no debía encontrarse uno solo de los puntos del continente europeo que habían llevado el nombre de Francia.

Hector Servadac, aunque estaba preparado para todo, se sintió como aterrado en presencia de aquella realidad. No veía ningún vestigio de aquellas playas cuyos sitios le eran tan familiares. Alguna vez cuando una curvatura de la costa se desarrollaba hacia el Norte, esperaba encontrar un trozo del suelo francés que se hubiese librado del desastre; per-

en toda la estension en que se prolongaba aquella curvatura, nada se presentaba de lo que habia sido en otro tiempo la orilla maravillosa de la Provenza. Cuando el nuevo cuadro no limitaba las antiguas márgenes, eran las aguas de aquel extraño Mediterráneo las que lo cubrian todo, y el capitán Servadac se preguntaba si todo lo que quedaba de su país estaria reducido á la estrecha lengua de territorio argelino, á aquella isla Gurbi á la cual le seria preciso volver.

—Sin embargo, repetia al conde Timascheff, el continente de Galia no termina en esta costa inaccesible. Su polo boreal está mas allá. ¿Qué hay detrás de esta muralla? Preciso es saberlo. Sin embargo, si á pesar de todos los fenómenos de que somos testigos, nos hallamos todavía en el globo terrestre, si es la tierra la que nos lleva siguiendo una direccion nueva por el mundo planetario, si en fin la Francia y la Rusia están ahí con la Europa entera, es preciso averiguarlo. ¿No encontraremos un paso, una playa para desembarcar en esta costa? ¿No hay algun medio de escalar esa muralla inaccesible y observar siquiera por un momento el país que su altura nos oculta?

Pero la *Dobryna* rasando la alta muralla no observaba la mas pequeña ensenada donde pudiera refugiarse, ni un solo escollo donde la tripulacion hubiera podido poner el pie. El litoral continuaba siendo una peña lisa cortada á pico hasta la altura de doscientos ó trescientos pies, y coronada por un extraño cruzamiento de láminas cristalizadas. Era evidente que aquel nuevo feston practicado en el Mediterráneo presentaba por todas partes la misma disposicion de rocas y que aquel cuadro uniforme habia salido de un molde único.

La *Dobryna* á toda fuerza de máquina marchó rápidamente hácia el Este. El tiempo se mantenía bueno; la atmósfera, ya singularmente enfiada, era menos propensa á saturarse de vapores. Apenas algunas

nubes rayaban el azul del cielo, y formaban acá y allá cirros casi diáfanos. Durante el día el disco muy reducido del sol proyectaba pálidos rayos que daban á los objetos un relieve siniestro. Durante la noche las estrellas brillaban con un resplandor extraordinario, pero ciertos planetas se debilitaban á causa de su alejamiento. Esto sucedía respecto de Venus, de Marte y de aquel astro desconocido que clasificado en el orden de los planetas inferiores precedía al Sol, lo mismo á su salida que á su ocaso. En cuanto al enorme Júpiter y al soberbio Saturno, su resplandor se aumentaba por el contrario, por lo mismo que Galia se iba acercando á ellos, y el teniente Procopio mostró á sus compañeros de viaje aquel Urano que en otro tiempo no podía ser visto sino con el auxilio de un anteojo, y que á la sazón era visible á la simple vista. Galia gravitaba, pues, alejándose de su centro atractivo, al través del mundo planetario.

El 24 de febrero la *Dobryna*, despues de haber seguido la línea sinuosa que antes del cataclismo formaba la frontera del departamento del Var, despues de haber buscado en vano vestigios de las islas Hye-res, de la península de Saint Tropez, de las islas de Lerins, del golfo de Cannes, del golfo Juan, llegó á la altura del cabo de Antibes.

En aquel paraje, con gran sorpresa, pero tambien con gran satisfacción de los exploradores, se halló una estrecha quebradura que cortaba la enorme peña de alto á bajo. En su base, al nivel del mar se estendia una pequeña playa á la cual podria fácilmente llegar una canoa.

—En fin, podremos desembarcar, exclamó el capitán Servadac sin poder contenerse.

No habia ninguna fuerza que hacer al conde Timascheff para inducirle á desembarcar en el nuevo continente. El teniente Procopio y él estaban tan impacientes por saltar á tierra como el capitán Servadac. Quizá subiendo por las vertientes de aquella cortadura, que de lejos parecia el lecho accidentado

de un torrente, llegarían á la cumbre de las peñas y encontrarían un radio grande por donde estender la vista para descubrir á falta del territorio francés la naturaleza de aquella region estraña.

A las siete de la mañana el conde, el capitan y el teniente desembarcaron en la playa.

Por la primera vez encontraron algunos restos del antiguo litoral. Eran calcáreas de color amarillento como las que cubren generalmente las playas provenzales. Pero aquella estrecha playa, evidentemente un trozo del antiguo globo, media apenas algunos metros de superficie, y sin detenerse en ella los exploradores se lanzaron hácia el barranco que querian atravesar.

Aquel barranco estaba seco, y aun era fácil ver que jamás un torrente habia precipitado por él sus aguas tumultuosas. Las rocas de su lecho lo mismo que las que formaban las pendientes de uno y otro lado, presentaban idéntica contestura laminar observada hasta entonces, y no parecían haber estado sometidas á los efectos de la disgregacion secular. Un geólogo probablemente habria podido determinar su verdadero sitio en la escala litológica; pero ni el conde Timascheff, ni el oficial de Estado mayor, ni el teniente Procopio pudieron averiguar su naturaleza.

Sin embargo, si el torrente no ofrecia ningun vestigio de humedad antigua ni moderna, podia ya preverse que cuando cambiasen radicalmente las condiciones climatéricas, podria servir un dia para desagüe de considerables masas líquidas.

En efecto, ya brillaban en muchos parajes en sus pendientes algunas manchas de nieve que iban siendo mayores y mas espesas en las crestas elevadas de los peñascos. Probablemente estas crestas y quizá todo el pais al otro lado de la muralla desaparecerian bajo la corteza blanca de las nieves.

—Aquí tenemos, dijo el conde Timascheff, las primeras señales de agua dulce que encontramos en la superficie de Galia.

—Sí, respondió el teniente Procopio; y sin duda á mayor altura no solamente tendremos nieve, sino hielo formado bajo la influencia del frío que se aumenta sin cesar. No olvidemos que si Galia tiene la forma esferoidal, estamos muy cerca de sus regiones árticas que reciben muy oblicuamente los rayos solares. Cierta que la noche no debe ser aquí completa nunca como en los polos terrestres, pues que el sol no se separa del Ecuador gracias á la débil inclinación del eje de rotación; pero el frío será excesivo, sobre todo si Galia se aleja del centro del calor á una distancia considerable.

—Teniente, preguntó el capitán Servadac, ¿no podrá llegar el caso de que el frío se haga tan intenso en la superficie de Galia que concluya con todo ser viviente?

—No, capitán, respondió el teniente Procopio; por mas que nos alejemos del sol, el frío no pasará nunca de los límites asignados á la temperatura de los espacios siderales, es decir, de las regiones del cielo donde falta absolutamente el aire.

—¿Y esos límites son?...

—Unos 60 grados centígrados segun las teorías de un francés, el sabio físico Fourier.

—¡Sesenta grados! respondió el conde Timascheff, ¡60 grados bajo cero! Pero esa es una temperatura que parecería insoportable hasta para los rusos.

—Tales frios, dijo al teniente Procopio, han sido ya soportados por los navegantes ingleses en los mares del Polo, y si no me engaño, en la isla Melville, Parry vió descender el termómetro á 56 grados centígrados bajo cero.

Los exploradores se habian detenido un instante para tomar aliento, porque segun acontece á todos los que suben á grandes alturas, el aire cada vez mas enrarecido, hacia penosa su ascension. Además, sin haber llegado todavía á la cima, solamente á 600 ó 700 pies, esperimentaban un gran descenso en la temperatura. Por fortuna las estrias de la sustancia

mineral que formaba el lecho del torrente facilitaban su marcha y hora y media despues de haber dejado la estrecha playa, llegaban á la cresta de la muralla.

Aquella muralla dominaba, no solamente el mar al Sur, sino tambien al Norte toda la nueva region que descendia bruscamente.

El capitan Servadac no pudo contener un grito.

La Francia habia desaparecido. Rocas innumerables la sustituian hasta los últimos límites del horizonte, y todas tapizadas de nieve ó cubiertas de hielo, se confundian en una estraña uniformidad. Era una enorme aglomeracion de materias que se habian cristalizado bajo la forma de prismas exagonales regulares. Galia parecia ser el producto de una formacion mineral única y desconocida. Si la cresta de la muralla que servia de cuadro al Mediterráneo, no ofrecia aquella uniformidad en sus rocas superiores, era porque un fenómeno cualquiera, quizá aquél á que se debia la presencia de las aguas del mar, habia modificado la contestura de aquel cuadro en el momento del cataclismo.

De todos modos en aquella parte meridional de Galia, no se veia ningun vestigio de tierra europea. En todas partes la nueva sustancia habia reemplazado al antiguo suelo. No existian las campiñas accidentadas de la Provenza, ni los huertos de naranjos y limoneros cuyo humus rojizo se estendia sobre piedras secas, ni aquellos olivares de hoja oscura, ni aquellas grandes calles de árboles de diversas especies, de palmeras, de eucaliptos, ni aquellos bosquecillos de geranios gigantescos entremezclados de aloes, ni las rocas oxidadas del litoral, ni las montañas que antes figuraban en segundo término con su oscura cortina de coníferas.

Allí nada del reino vegetal podia verse, pues que la menos exigente de las plantas polares, el mismo líquen de las nieves, no hubiera podido vegetar en aquel suelo pedregoso. Nada se veia tampoco del

reino animal, pues que ninguna ave, ni siquiera las de los países árticos, hubiera podido encontrar de que vivir allí un solo día.

Era aquello el reino mineral único, dominando en toda su horrible aridez.

El capitán Servadac estaba dominado de una emoción que parecía extraña en su carácter indolente. Inmóvil en la cima de una roca cubierta de hielo, contemplaba con ojos húmedos el nuevo territorio que se extendía bajo su vista y se negaba á creer que la Francia hubiera podido nunca estar allí.

—¡No, exclamaba, no! indudablemente nos hemos engañado. No estamos en el paralelo que atraviesa los Alpes marítimos. El territorio cuyas señales buscamos, está mas atrás. Indudablemente ha salido una muralla del seno de las olas; pero al otro lado veremos las tierras europeas. Conde Timascheff, venga usted, atravesemos ese territorio helado y busquemos todavía.

Hablando así, Hector Servadac se adelantó unos veinte pasos, buscando un sendero practicable en medio de las láminas exagonales de la muralla.

De repente se detuvo.

Acababa de tropezar bajo la nieve con un pedazo de piedra labrada. Por su forma, por su color, aquel pedazo no parecía pertenecer al nuevo suelo.

Le recogió. Era un fragmento de mármol amarillo, en el cual podían leerse todavía algunas letras grabadas, entre estas:

Vil...

—¡Villa! exclamó el capitán Servadac, dejando caer el trozo de mármol que se rompió en mil fragmentos.

De esta villa, sin duda alguna quinta suntuosa edificada casi al extremo del cabo de Antibes, en el sitio mas pintoresco del mundo, de aquel magnífico cabo arroja lo como un verde ramo entre el golfo Juan y el golfo de Niza, de aquel espléndido panorama coronado por los Alpes marítimos que se es-

Jayson Pictore

tendia desde las pintorescas montañas de Esterelle pasando por delante de Eza, Monaco, Roquebrune, Menton y Vintimille, hasta la punta italiana de la Bordighere, ¿qué quedaba en aquel momento? Ni siquiera aquel trozo de mármol que acababa de ser reducido á polvo.

El capitán Servadac no podia ya dudar de que el cabo de Antibes hubiera desaparecido en las entrañas de aquel nuevo continente. Permaneció, pues, abismado en sus reflexiones.

El conde Timascheff se acercó á él y le dijo gravemente:

—Capitán, ¿conoce usted la divisa de la familia Hope?

—No, señor conde, respondió Hector Servadac.

—Pues la divisa de esa familia es la siguiente:

Orbe fracto, spes illusa.

—Dice lo contrario de la frase desesperada del Dante.

—Sí, capitán, y esa divisa debe ahora ser la nuestra.

J. Servadac

CAPITULO XVII.

QUE PODRÁ SIN INCONVENIENTE TITULARSE: DEL MISMO
À LOS MISMOS.

No quedaba ya mas recurso á los navegantes de la *Dobryna* que volver á la isla Gurbí. Aquel estrecho dominio era, segun todas las apariencias, la única parte del antiguo suelo que podia recibir y alimentar á los que iban llevados por el nuevo astro al través del mundo solar.

—Al fin y al cabo, se dijo el capitan Servadac, ese es casi un pedazo de la Francia.

Aquel proyecto de volver á la isla Gurbí fue discutido, é iba á ser aceptado, cuando el teniente Procopio observó que el nuevo perímetro del Mediterráneo no habia sido reconocido enteramente todavía.

—Nos falta explorar hacia el Norte, dijo, desde el punto en que se proyectaba en otro tiempo el cabo de Antibes, hasta la entrada del estrecho que se abre sobre las aguas de Gibraltar, y hacia el Sur, desde el golfo de Gales, hasta ese mismo estrecho. Hemos seguido al Sur el límite que trazaba la antigua costa africana; pero no la que forma la nueva. ¿Quien sabe si hacia el Sur tenemos cerrada toda salida y si no se habrá librado de la catástrofe algun fértil oasis del desierto africano? Además la Italia, la Sicilia, el archipiélago de las Baleares, las grandes islas del Mediterráneo, han resistido quizá y seria conveniente dirigirnos á ellas.

—Tus observaciones son justas, Procopio, respon-

dió el conde Timascheff y me parece en efecto que debemos completar el plano hidrográfico de este nuevo mar.

—Me adhiero á la opinion de usted añadió el capitán Servadac. Toda la cuestion es saber si debemos completar ahora nuestra operacion antes de volver á la isla Gurbí ó dejarlo para mas adelante.

—Pienso, respondió el teniente Procopio, que debemos utilizar la *Dobryna* mientras pueda servirnos.

—¿Qué quieres decir, Procopio? preguntó el conde Timascheff.

—Quiero decir que la temperatura va decreciendo continuamente, que Galia sigue una curva que se aleja cada vez mas del Sol y que pronto estará sometida á frios excesivos. Entonces se helará el mar y no será posible navegar. Ahora bien, usted sabe cuales son las dificultades de un viaje por los campos de hielo. ¿No vale mas continuar esta exploracion mientras tenemos aguas libres?

—Tienes razon, Procopio, respondió el conde Timascheff. Busquemos lo que resta del antiguo continente, si se ha librado de la catástrofe algun trozo de la Europa y si han sobrevivido algunos desdichados á quienes podamos socorrer. Importa saberlo antes de volver al sitio donde debemos pasar el invierno.

El conde Timascheff estaba inspirado de un sentimiento generoso, pues que en aquellas circunstancias pensaba sobre todo en sus semejantes? ¿Quien sabe? Pensar en sus semejantes, ¿no era pensar en sí mismo? Ninguna diferencia de raza, ninguna distincion de nacionalidad podia ya existir entre aquellos á quienes Galia llevaba al través del espacio infinito. Eran los representantes de un mismo pueblo, ó mejor dicho de una misma familia porque podia temerse que fueran muy pocos los sobrevivientes de la antigua Tierra. Pero en fin, si habia alguno que existia todavía, todos debian reunirse, unir sus esfuerzos para la salvacion comun y si se

habia perdido toda esperanza para volver al globo terrestre, tratar de reconstituir en el astro nuevo una nueva humanidad.

El 25 de febrero la goleta salió de aquella pequeña ensenada donde habia encontrado momentáneamente refugio, y siguiendo el litoral del Norte, se dirigió hácia el Este á todo vapor. El frio comenzaba á ser muy vivo, á causa sobre todo de una aguda brisa. El termómetro estaba á dos grados bajo cero. Por fortuna el mar no se hiela sino á una temperatura inferior á la del agua dulce, y no presentaba ningun obstáculo á la navegacion de la *Dobryna*. Pero era preciso apresurarse.

Las noches eran hermosas, y las nubes parecian ya no formarse sino dificilmente en las capas cada vez mas frias de la atmósfera. Las constelaciones brillaban en el firmamento con una pureza incomparable. Si el teniente Procopio como marino debia sentir que la luna hubiera desaparecido para siempre del horizonte, un astrónomo, ocupado en escudriñar los misterios del mundo sideral, se hubiera felicitado de aquella oscuridad propicia de las noches Galianas.

Pero si los exploradores de la *Dobryna* estaban privados de luna, tenian por lo menos multitud de ellas en pequeño. En aquella época una verdadera granizada de estrellas errantes surcó la atmósfera; estrellas en mucho mayor número que las que pueden ver los exploradores terrestres en agosto y en noviembre. Si segun Mr. Olmsted, en 1833 atravesaron el horizonte de Boston treinta y cuatro mil asteróides de esta especie, aquí podia sin inexactitud multiplicarse por diez este número.

Galía en efecto atravesaba aquel anillo casi concéntrico á la órbita de la tierra y exterior á ella. Los corpúsculos meteóricos parecian tomar por punto de partida la estrella Algol, una de las estrellas de la constelacion de Perseo, y se inflamaban con una intensidad que su extraordinaria celeridad hacia mara-

villosa frotándose en la atmósfera de Galia. Un ramillete de fuegos artificiales formado de millones de cohetes, obra maestra del mas famoso polvorista, no hubiera podido compararse con las magnificencias de aquellos meteoros. Las rocas de la costa reflejando los corpúsculos en su superficie metálica parecian cubiertas de puntas de luz, y el mar desumbraba la vista como si hubiera sido azotado por granizos incandescentes.

Pero aquel espectáculo no duró sino apenas veinticuatro horas; tal era la celeridad con que Galia se iba alejando del Sol.

El 26 de febrero la *Dobryna* fue detenida en su marcha hácia el Oeste por una larga proyeccion del litoral, que la obligó á bajar hasta el extremo de la antigua Córcega, de la cual no quedaba un vestigio. Allí el estrecho de Bonifacio habia sido reemplazado por un vasto mar absolutamente desierto. Pero el 27 se avistó hácia el Este un islote á pocas millas á sotavento de la goleta, islote cuya situacion permitia creer, á no ser que su origen fuera muy reciente, que pertenecía á la punta septentrional de la Cerdeña.

La *Dobryna* se acercó á este islote; se echó el bote al mar, y pocos instantes despues el conde Timascheff y el capitan Servadac desembarcaban en un verde prado que no media mas de una hectárea de superficie. Algunos grupos de mirtos y lentiscos dominados por tres ó cuatro olivos viejos, le cortaban acá y allá. Parecia que estaba abandonado de toda criatura viviente.

Iban los exploradores á abandonarle tambien, cuando llegaron á sus oidos algunos balidos, y casi al mismo tiempo vieron una cabra que saltaba entre las rocas.

Era una muestra única de esas cabras domésticas que con tanta propiedad han sido llamadas las vacas del pobre, una cabra de pelo negro, de cuernos pequeños y regularmente arqueados, y que lejos de

huir al ver acercarse los visitantes corrió hácia ellos, y con sus saltos y sus balidos parecia invitarles á que la acompañasen.

—Esta cabra no está sola en el islote, exclamó Héctor Servadac, Sigámosla.

Así se hizo, y á pocos centenares de pasos el capitán Servadac y el conde Timascheff llegaron á una especie de terrado medio cubierto por un grupo de lentiscos. Allí una niña de siete á ocho años, de rostro iluminado por grandes ojos negros, de cabeza sombreada por una larga cabellera castaña, linda como uno de esos seres angélicos que pinta Murillo en sus Ascensiones, y no demasiado asustada, miraba á los viajeros al través de las ramas.

Cuando los hubo considerado por algunos momentos, pareciéndole sin duda su aspecto tranquilizador, se levantó, corrió hácia ellos, y tendiéndoles las manos con ademán de súbita confianza les dijo con una voz dulce como la lengua italiana que hablaba:

—¿No sois malos? ¿no me hareis mal? ¿Verdad que no debo tener miedo?

—No, no tengas miedo, respondió el conde en italiano. Somos y queremos ser para tí unos amigos.

Después, considerando á la hermosa niña, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, querida?

—Nina.

—Nina, ¿puedes decirnos dónde estamos?

—En Magdalena, respondió la niña. Allí estaba yo cuando todo ha cambiado y todo de repente.

Magdalena era una isla situada cerca de Caprera, al Norte de la Cerdeña y que habia desaparecido en el inmenso desastre.

Algunas preguntas seguidas de respuestas, dadas con mucha inteligencia, hicieron saber al conde Timascheff que Nina estaba sola en el islote, que habia perdido á sus padres, que guardaba un rebaño de cabras por cuenta de un cabrero, que en el momento de la catástrofe todo se habia hundido alrede-

dor de ella á escepcion de aquel trozo de tierra; que ella y Marzy, su cabra favorita, eran las únicas que se habian salvado; que habia tenido mucho miedo, pero que habiéndose despues tranquilizado dió gracias á Dios porque la tierra ya no se movia y se habia arreglado para vivir con Marzy. Por fortuna poseia algunos viveres que habian durado hasta entonces y habia vivido con la esperanza de que iria algun barco á recogerla. Ya que el barco habia llegado se iria con sus nuevos amigos siempre que quisieran llevar tambien la cabra y que la volvieran al prado cuando pudieran.

—Ya tenemos un habitante mas en Galia y el mas lindo sin duda, dijo el capitán Servadac dando un beso á la niña.

Media hora despues, Nina y Marzy estaban instaladas á bordo de la goleta donde todos, como puede congeturarse, les hicieron la mejor acogida. El encuentro de aquella niña era un feliz agüero: los marineros rusos, gente religiosa, quisieron considerarla como una especie de ángel bueno y mas de uno la examinó con atencion para ver si tenia alas. Desde el primer dia la llamaban entre ellos la virgencita.

La *Dobryna* en pocas horas perdió de vista á Magdalena y bajando hácia el Sudeste encontró el nuevo litoral que habia sido trasladado á cincuenta leguas mas adentro de la antigua orilla italiana. Asi, pues, otro continente habia reemplazado á la península Itálica de la cual no quedaba ningun vestigio. Sin embargo, en el paralelo de Roma se abria un vasto golfo que penetraba mucho mas allá del sitio que hubiera debido ocupar la ciudad eterna. Despues la nueva costa no volvia á entrar en el antiguo mar sino á la altura de las Calabrias, para prolongarse hasta el extremo mismo de la bota itálica. Pero ya no existian ni el faro de Mesina, ni la Sicilia, ni siquiera la cima del monte Etna que se levantaba en otro tiempo á tres mil trescientos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

Sesenta leguas mas al Sur, la *Dobryna* volvía á ver la entrada del estrecho que tan providencialmente se le había presentado durante la tempestad y cuya parte oriental se abría sobre el estrecho de Gibraltar.

Desde este punto hasta el estrecho de Gabes había sido ya reconocido por los exploradores el nuevo perímetro del Mediterráneo. El teniente Procopio, avaro del tiempo, cortó pues en línea recta hasta el paralelo donde debía encontrar las orillas no exploradas del continente.

Corría el 3 de marzo.

Desde aquel punto la costa señalando el antiguo territorio de Túnez, atravesaba la provincia de Constantina á la altura del Oasis del Zibau; despues formaba un ángulo brusco y bajaba hasta el paralelo 32, levantándose luego para formar un golfo irregular rodeado por la enorme concrecion mineral. Despues corría en una longitud de ciento cincuenta leguas al través del antiguo Zahara argelino, estrechándose al Sur de la isla de Gurbí y proyectando una punta que hubiera podido servir de frontera natural á Marruecos si Marruecos hubiera existido.

Fue pues preciso subir al Norte hasta el extremo de aquella punta para doblarla. Pero al doblarla los exploradores fueron testigos de un fenómeno volcánico, cuya aparición observaron por primera vez en la superficie de Galia.

Un monte ignívomo terminaba aquella punta y se levantaba á una altura de tres mil pies. El volcan no estaba apagado porque su cráter se coronaba todavía de humo si no de llamas.

—¡Galia tiene un fuego interior! exclamó el capitán Servadac cuando el vigía de la *Dobryna* señaló el volcan.

—¿Y por qué no? dijo el conde Timascheff. Pues que Galia no es sino un fragmento del globo terrestre, ¿no puede nuestro asteroide haberse llevado una parte del fuego central como se ha llevado otra de

la atmósfera, de los mares y de los continentes?

—¡Y muy pequeña por cierto! respondió el capitán Servadac, pero suficiente al fin y al cabo para su población actual.

—A propósito, capitán, preguntó el conde Timascheff, pues que nuestro viaje de circunnavegación debe conducirnos de nuevo á las playas de Gibraltar ¿creeis que debemos dar á conocer á los ingleses el nuevo estado de cosas y las consecuencias que trae consigo?

—¿Para qué? dijo el capitán Servadac. Esos ingleses saben dónde está situada la isla de Gurbí y si les conviene pueden venir á ella. No son desgraciados que están abandonados sin recursos. Por el contrario tienen para mantenerse durante largo tiempo. Ciento veinte leguas todo lo mas separan su islote de nuestra isla y una vez helado el mar pueden venir á unirse con nosotros cuando quieran. No tenemos que felicitarnos de la acogida que nos han hecho y si vienen nos vengaremos...

—Sin duda, acogiéndoles mejor que ellos lo hicieron, dijo el conde Timascheff.

—Indudablemente, señor conde, respondió el capitán Servadac, porque á la verdad, ya no hay franceses, ni ingleses, ni rusos...

—Oh, dijo el conde Timascheff, moviendo la cabeza, un inglés es siempre y en todas partes inglés.

—Eh, replicó Héctor Servadac, ese es su defecto y al mismo tiempo su virtud.

Así se acordó la conducta que debía observarse respecto de la pequeña guarnición de Gibraltar. Por lo demás, aunque hubieran resuelto reanudar sus relaciones con los ingleses, no habria sido posible en aquel momento, porque la *Dobryna* no hubiera podido, sin peligro, ponerse á la vista del islote.

En efecto, la temperatura bajaba de una manera continua. El teniente Procopio veía con inquietud que el mar no podia tardar en congelarse alrededor de la goleta. Además, las carboneras se iban agotan-

do poco á poco, á consecuencia de aquella marcha á todo vapor, y pronto iba á faltar el carbon, si no se le economizaba. El teniente Procopio espuso estas dos razones, gravísimas sin duda alguna, y despues de una breve discusion, se convino en interrumpir el viaje de circunnavegacion á la altura de la Punta Volcánica. Mas allá la costa bajaba hácia el Sur y se perdía en un mar sin límites. Lanzar á la *Dobryna*, en vispera de faltarle el combustible, al través de aquel océano, próximo á congelarse, hubiera sido una imprudencia cuyas consecuencias podían ser muy funestas. Por lo demás, era probable que en toda aquella parte de Galia ocupada antiguamente por el desierto africano, no se encontrase otro suelo mas que el observado hasta entonces; suelo que carecía de agua y tierra vegetal, y que no podría fertilizarse nunca por el trabajo. No habia, pues, inconveniente en suspender la esploracion, sin perjuicio de continuarla en tiempo mas favorable.

Así, aquel día, 5 de marzo, se decidió que la *Dobryna* no pondría ya la proa al Norte, sino para volver á la tierra de Gurbí, de la cual no distaba mas que veinte leguas.

— ¡Mi pobre Ben-Zuf! dijo el capitán Servadac, que habia pensado muchas veces en su compañero durante aquel viaje de cinco semanas. ¡Con tal que no le haya sucedido nada desagradable!

Aquella corta travesía de la Punta Volcánica á la isla Gurbí, debia señalarse con un incidente. Tal fue el encuentro de una segunda noticia del misterioso sábio que, habiendo podido evidentemente calcular los elementos de Galia, seguia su marcha día por día en su nueva órbita.

Al salir el sol se vió sobre el mar un objeto flotante; se le pescó; era un barrilito de conservas que reemplazaba á la betella tradicional, y esta vez tambien un espeso tapon de lacre con las mismas iniciales que el ya pescado en tales condiciones, mantenía el barril herméticamente cerrado.

—¡Del mismo á los mismos! dijo el capitán Servadac.

Abierto el barril con precaucion, se encontró el documento del tenor siguiente :

«Galia (?)»

»*Ab sole*, el 1.º de marzo dist.: 78.000,000 leg.
 »Camino recorrido de feb. á marzo: 53.000,000 leg.
 »*Va bene! All right! Nil desperandum!*

«¡Enchanté!»

—Y ni direccion ni firma, exclamó el capitán Servadac, esto parece una série de engaños.

—Sería un engaño del cual se habrían tirado gran número de ejemplares, respondió el conde Timascheff, porque dos veces hemos recogido un documento como este, lo cual prueba que su autor ha debido sembrar sus barriles y sus estuches con profusion por el mar.

—¿Pero quiénes es ese sábio insensato que no piensa en decirnos dónde vive?

—¿Dónde vive!

—Ese es el fondo del pozo donde ha caido el astrólogo, respondió el conde Timascheff aludiendo á la fábula de La Fontaine.

—Es posible; pero ¿dónde está el pozo?

Esta pregunta del capitán Servadac debía quedar otra vez sin respuesta. ¿El autor del documento residía en algun islote que se habia librado del cataclismo, y que la *Dobryna* no habia visto todavía? ¿Iba á bordo de un buque que corria por aquel nuevo Mediterráneo, como habia corrido la goleta? No era posible saberlo.

—En todo caso, observó el teniente Procopio, si el documento es sério, y los números que trae tienden á probarlo, dá origen á dos observaciones importantes. La primera es que la celeridad de traslacion de Galia se ha disminuido en 23 millones de leguas, pues el camino recorrido de enero á febrero fue de 82 millones, y de febrero á marzo no ha sido mas que de 59. La segunda observacion es que la distancia de

Galia al Sol, que el 15 de febrero era de 59 millones de leguas, en 1.º de marzo se ha aumentado hasta 78, es decir, que ha tenido un aumento de 19 millones. Así, pues, á medida que Galia se aleja del Sol, se disminuye la celeridad de su movimiento de traslacion, lo que está perfectamente de acuerdo con las leyes de la mecánica celeste.

—¿Y qué deduces tú de eso, Procopio? preguntó el conde Timascheff.

—Que seguimos, como ya he dicho, una órbita elíptica, si bien no nos es posible calcular su escen-tricidad.

—Observo, además, repitió el conde Timascheff, que el autor del documento se sirve tambien del nombre de Galia. Propongo, pues, que le adoptemos definitivamente para el nuevo astro en que estamos, y que llamemos á este mar el mar Galiano.

—Sí, dijo el teniente Procopio; anotaré este nombre cuando establezca nuestro nuevo mapa.

—Por mi parte, añadió el capitán Servadac, haré una tercera observacion, y es, que ese honrado sábio se manifiesta cada vez mas satisfecho de la situacion, y así, suceda lo que quiera, repetiré con él siempre y en todas partes: ¡*Nil desperandum!*

Pocas horas despues el vigía de la *Dobryna* anun-ciaba la proximidad de la isla de Gurbí.

CAPITULO XVIII.

QUE TRATA DE LA ACOGIDA QUE SE HIZO AL GOBERNADOR GENERAL DE LA ISLA DE GURBI, Y DE LOS ACONTECIMIENTOS QUE HABIAN OCURRIDO DURANTE SU AUSENCIA.

El buque habia dejado la isla el 31 de enero, y volvia el 5 de marzo despues de treinta y cinco dias de travesia, pues que el año terrestre era bisiesto. A los treinta y cinco dias correspondian setenta dias galianos, pues que el sol habia pasado setenta veces por el meridiano de la isla.

Hector Servadac esperimentó alguna emocion al acercarse á aquel fragmento único del suelo argelino que se habia librado del desastre. Varios dias durante esta larga ausencia se habia preguntado si se encontraria en su sitio con su fiel Ben-Zuf, y no era extraño que abrigase estas ideas en medio de tantos fenómenos como los que habian modificado profundamente la superficie de Galia.

Pero sus temores no se realizaron. La isla de Gurbi estaba allí, y ¡cosa extraña! antes de llegar al puerto del Chelif, Hector Servadac pudo observar que una nube de aspecto particular se desarrollaba á cien pies por cima del suelo de su dominio. Cuando la goleta estuvo á pocos cables de la costa, aquella nube apareció como una masa espesa que bajaba y subia automáticamente en la atmósfera. El capitán Servadac reconoció entonces que no era una masa de vapores reducidos al estado vesicular, sino

una aglomeracion de aves tan juntas unas á otras en el aire como las bandas de arenques en el agua. De esta enorme nube se escapaban gritos atronadores, á los cuales respondian detonaciones frecuentes.

La *Dobryna* señaló su llegada por un cañonazo, y fué á anclar en el pequeño puerto del Chelif.

En aquel momento un hombre con el fusil en la mano acudió, y de un salto se lanzó sobre las primeras rocas.

Era Ben Zuf

Ben-Zuf quedó al principio inmóvil con los ojos fijos á quince pasos, tanto como la conformacion del hombre lo permite, como dicen los sargentos instructores, y con todas las muestras exteriores de respeto. Pero el valiente soldado no pudo contenerse por mucho tiempo, y precipitándose á recibir á su capitan, que acababa de desembarcar, le besó la mano con ternura.

Sin embargo, en vez de aquellas frases tan naturales de cuánto me alegro de ver á usted, con qué cuidado he estado, qué ausencia tan larga, etc., Ben-Zuf exclamaba:

—¡Ah, miserables! ¡ah, bandidos! ¡ah, bien ha hecho usted en venir, mi capitan! ¡ladrones, piratas, miserables, beduinos!

—¿De quién hablas, Ben Zuf? preguntó Hector Servadac, á quien aquellas exclamaciones estrañas hicieron pensar que alguna bandada de ladrones árabes habia invadido su dominio.

—De esas endiabladas aves, exclamó Ben-Zuf; ya hace un mes que gasto mi pólvora contra ellas; pero cuantas mas mato, mas vienen. Si dejáramos á estos kabilas de picó y de pluma, pronto no quedaria un grano de trigo en la isla.

El conde Timascheff y el teniente Procopio, que acababan de desembarcar, observaron, lo mismo que Servadac, que Ben Zuf no exageraba nada. Los granos, que habian medrado rápidamente por efecto de

los grandes calores de enero en el momento en que Galia pasaba por su perihelio, se hallaban espuestos á las depredaciones de algunos millares de aves. Lo que quedaba de la cosecha estaba muy amenazado por los voraces volátiles; y conviene decir en efecto lo que quedaba de la cosecha, porque Ben-zuf no habia perdido tiempo durante el viaje de la *Dobryna* y se veian muchos haces de espigas ya segadas en la llanura.

En cuanto á las aves, eran todas las que Galia llevaba consigo cuando se separó del globo terrestre; y era natural que hubiesen buscado refugio en la isla de Gurbi, pues que allí solamente encontraron campos, praderas y agua dulce; prueba de que ninguna otra parte del asteroide podia proporcionarles alimento. Pero en cambio tenian que vivir á espensas de los habitantes de la isla, pretension á la que era necesario oponerse por todos los medios posibles.

—Ya veremos lo que hay que hacer, dijo el capitán Servadac.

—A propósito, mi capitán, preguntó Ben-zuf, ¿y los compañeros de Africa, qué ha sido de ellos?

—Los compañeros de Africa continúan en Africa, respondió Hector Servadac.

—¡Cuánto me alegro!

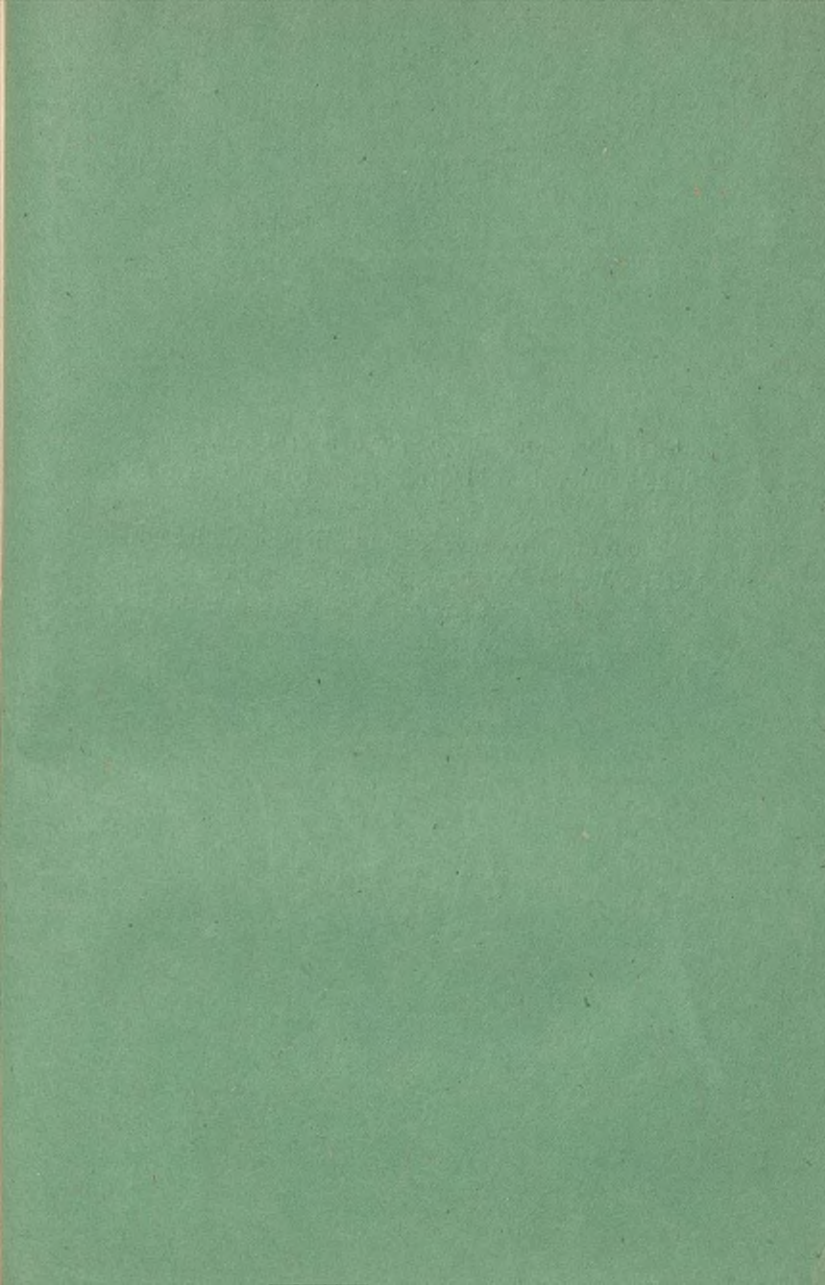
—Solamente que el Africa ya no existe, añadió el capitán Servadac.

—¡No hay Africa, pero, Francia!

—La Francia está muy lejos de nosotros, Ben-Zuf.

—¿Y Montmartre?

Este era el grito del corazón. En pocas palabras el capitán Servadac explicó á su asistente lo que habia sucedido, y como Montmartre y con Montmartre París, con París la Francia, con la Francia la Europa, y con la Europa el globo terrestre, estaban á mas de ochenta millones de leguas de la isla de Gurbi. Por consiguiente debia abandonarse, ó poco menos, la esperanza de poder volver á parajes tan distantes.



Se publica esta edición, por cuadernos de 32 páginas á un real en Madrid y real y medio en provincias.

Se admiten suscripciones en la librería de los editores, calle del Príncipe, núm. 4, y en casa de sus corresponsales, y se remite al que mande su importe en sellos de correo.